



la carpeta ROJA

miquel casals

èride ediciones



La carpeta roja

Cubierta y diseño editorial: Éride, Diseño Gráfico Dirección editorial: Ángel Jiménez

Edición en eBook: diciembre, 2021

La carpeta roja

© Miquel Casals

© Éride ediciones, 2021

Espronceda, 5

28003 Madrid

Éride ediciones

ISBN: 978-84-18848-52-0

Diseño y preimpresión: Éride, Diseño Gráfico

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO

(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Miquel Casals

Nacido en Sant Andreu de Llavaneres el 22 de diciembre de 1958, actualmente reside en Sant Iscle de Vallalta. Ambos municipios pertenecen a la comarca del Maresme (Barcelona). En el año 2015 publicó su primer libro, *Abro mi espíritu*, y en el año 2016 el segundo, *Sin la Verdad todo es mentira*.

Los dos libros (relatos), fueron donados por el autor a Cáritas y por consiguiente no fueron comercializados. En el año 2018 publicó su primera novela, *¿Quiénes Somos?*, la primera entrega de su trilogía, *Camino Empedrado*.

Le sigue *El Poder Oculto* publicada en el año 2019. Por último, en el año 2020, ofreció la última entrega de dicha trilogía con la novela *Complot Letal*.

*«A mi mujer Empar, a mis hijos Daniel, Axel y Pau, y a mis
nueras Mónica y Berta. Mis seis razones para vivir, hoy.*

Seguro que habrá más, mañana...»

1

Asier Fernández Garmendia. Treinta y cuatro años recién cumplidos.

Profesor de universidad en la Pontificia Comillas de Madrid. Imparte clases, en la calle Alberto Aguilera, de Filosofía y Humanidades en la Facultad de Ciencias Humanas y Sociales. Conoce muy bien el centro.

Fue alumno del mismo desde el inicio hasta el final del programa establecido a los efectos. Su licenciatura, grado, postgrado, y doctorado fueron los reglamentarios pasos previos a su situación docente actual.

Alumno ejemplar en todo el recorrido prescrito para poder ejercer lo que soñó casi desde su adolescencia.

Este era su tercer año como profesor y no podía ocultar su satisfacción al recibir muestras de afecto, respeto y admiración por parte del rectorado. Pero lo que más le satisfacía era la evidente y homogénea respuesta recibida por parte de su alumnado del pasado y del presente.

Esperó a la finalización del curso académico para ejecutar su plan de emancipación. Seguía viviendo en casa de sus padres. Su padre, Jesús Fernández González, nacido en León. Abogado. Cursó sus estudios universitarios en Madrid... y ya no se movió de la capital. En la actualidad tiene 60 años.

Su madre, Abantza Garmendia Moreno nacida en San Sebastián, es Doctora en Medicina del aparato digestivo. También cursó sus estudios universitarios en Madrid... y, como su marido, ya no se movió de Madrid. Tiene también

60 años, 6 meses menor que él. Ambos se conocieron en la Residencia de Estudiantes Universitarios en la calle del Pinar y de allí surgió una amistad que fue madurando en otro estado al que ni uno ni otro quiso poner barreras. Aunque cada uno seguía caminos distintos durante la jornada y se impusieron de común acuerdo una disciplina para que nada les apartara del camino emprendido en Madrid desde hacía años, siempre encontraban su momento al anochecer para seguir conociéndose mejor. En la residencia congeniaban con todos los compañeros y compañeras, más con los que, como ellos, habían encontrado el amor en aquel recinto para almas necesitadas de realizar un sueño, buscadoras de futuro por y para su vocación. Cierta complicidad indisimulada entre los congéneres en su misma situación les suponía para ellos como para las demás parejas surgidas del mismo destino un plus de comfortable situación y compañía. Contaban también con compañeros y compañeras que asistían a la misma facultad y a la misma clase. Futuros arquitectos, ingenieros, médicos, abogados... compartían, en sana convivencia, no solo el espacio sino mucho más, sus anhelos.

Muchos años después, Asier ocuparía un lugar en la misma Residencia Universitaria. Él, a diferencia de sus padres, no provenía de otras regiones de España. Hubiera podido, sin problema alguno, dirigirse a su domicilio al terminar las clases. Al domicilio donde se crio. En el laureado barrio de Salamanca de Madrid, concretamente en la calle de Serrano. Asier renunciaba en cierto modo, y solo en parte, de las comodidades en su etapa universitaria que le proporcionaba su barrio.

Un barrio de alto nivel que a su vez se divide en seis pequeños barrios: Castellana, Recoletos, Goya, Lista, La Guindalera y Fuente del Berro.

Su barrio cuenta con una superficie de más de 5 Km. cuadrados. Este glamoroso barrio disfruta de avenidas del S.XIX, de restaurantes de alta cocina y boutiques de conocidos diseñadores..., la maravillosa Milla de Oro, así como la reconocidísima Plazuela de Madrid, exclusivo mercado gourmet ubicado en un antiguo teatro.

Cuenta con el Museo Arqueológico Nacional, con el Museo Lázaro Galdiano...y la inefable Plaza de Toros de las Ventas.

Este era el escenario de Asier con el que había compartido toda su vida y del que ningún mal recuerdo guardaba. Al contrario. Pero llegado ese momento de alumno universitario se decantó por cuidar más de su privacidad a una edad necesitada de ella. A pesar de que tuvo que vencer la reticencia de sus padres, sobre todo la de su madre, su decisión la entendía como algo sujeto e imprescindible para el buen desarrollo de su carrera. Al fin y al cabo, les decía, se verían los fines de semana y cuando librara.

En el fondo, él pensaba, que sus padres temían que al igual que les ocurrió a ellos y a otros tantos, encontrara un motivo de alejamiento por causa de una mujer. Temían para él lo que no les importó a ellos a su edad. A Asier se le antojaba, de ser cierta su sospecha, un temor no necesariamente justificado pues nunca había entendido los comentarios surgidos en cualquier lugar y situación en los que predominaba la idea de que era incompatible el amor de pareja con la reciprocidad existente entre padres e hijos.

Y, no. No. No ocurrió, en la residencia, nada parecido a lo sucedido a sus progenitores. Y nada, hasta el momento, había surgido en aquel campo denominado enamoramiento. Quizá, del todo, no fuera así realmente. Según qué acercamientos no les daba mayor importancia.

No quería llamar amor a lo que, para él, eran desahogos sexuales por ambas partes. Asier en su forjada y desconocida formación interior, más allá de la académica, minuciosamente preparada por una desconocida, también para él, fuerza familiar (así hay que calificarlo..., iba adquiriendo poco a poco las formas y los fondos programados para su inmediato futuro. Sus formaciones eran compatibles, complementarias. Una necesitaba de la otra. Una de ellas era imperceptible para cualquier persona ajena o distanciada de él. Y se inició cuando aún no se tenía en pie. La otra, la académica, era pública. Habrá tiempo de escribir sobre ello.

Asier, desde muy niño, era muy celoso de su intimidad. Esa era una de las necesidades que se le inocularon de forma ajena a su conocimiento.

Quizá una de las principales. Hijo único, no le faltaron amigos y amigas en todas las etapas de formación. Era comunicativo y razonablemente social. Pero sin proponérselo, siempre guardaba su espacio y tiempo... que consideraba solo suyos e inviolables. Nunca, sin embargo, significó esta característica ningún problema ni para él ni para su entorno más próximo. Nadie en su familia quiso darle mayor importancia a sus tiempos que surgían cuando surgían. Todo era producto de lo planificado para él. Nada de ello entorpecía la formación de Asier. A ninguna de ellas... A ninguna de sus dos complementarias formaciones. Asier fue un niño primero, y un chico después, normal según marcaban los parámetros de una clase social, en la que vivía y compartía, alta. Su privacidad nunca la entendió como algo negativo, y estaba completamente seguro que con sus matices particulares de todo ser humano, no difería a la privacidad que todo el mundo necesitaba. Se equivocaba.

Al contrario. Sentía que había traicionado, durante más tiempo del que hubiera deseado, la suya propia al no darle el espacio y el tiempo que le demandaba. No es que no hubiera accedido a su llamada. Una consecuencia de su percepción al respecto de su celosa privacidad era que, en el fondo, temía por la reacción que pudieran tener sus padres a su emancipación, ahora ya, a una edad quizás, más necesitados de él.

Se equivocaba de nuevo. Asier comprendió, demasiado tarde según cómo lo veía él, que la reacción de cualquier persona, tenga el lazo que tenga con él, varía en función de las circunstancias y del tiempo. Y mucho más en su caso del cual desconocía sus inéditas particularidades.

No solo bendijeron su decisión; le empujaron a ella. Ellos estaban encantados de oír sus planes. La esperaban. Era el momento justo. Su particular programa impedía que fuera antes o después. Así pues, le animaron y le confesaron que habían hablado entre ellos sobre la cuestión. Jamás le hubieran invitado a ello bajo ninguna circunstancia no fuera que le hirieran y los malinterpretara... pero deseaban por su bien que se decidiera a dar el paso que acababa de anunciar. Su plan de emancipación, pues, no tenía ningún motivo para más retraso. En cuanto acabara este curso aprovecharía el verano para mudarse a su nuevo domicilio cuya búsqueda dejó a cuenta de profesionales, y que a mitad de curso le indicaron que habían encontrado para él un lugar perfecto según sus anunciadas preferencias. Un ático en alquiler en la calle Londres en el barrio La Guindalera, uno de los pequeños barrios del de Salamanca. Tras visitar el ático dio de inmediato su aprobación.

Sí. Encontraron lo que él buscaba, y el precio del alquiler se lo podía permitir con desahogo.

2

Los recuerdos que Asier tenía de su infancia estaban, todos ellos, presididos por un halo de felicidad, opulencia, amor, amigos, amigas, fiestas, viajes. Eran recuerdos de un todo del que, hasta hoy, se sentía enormemente agradecido a quienes lo hicieron posible. Recuerda que toda su familia, además de sus padres, lo colmaban de todos sus caprichosos deseos que, sin darse cuenta, o sí, hacía partícipes a toda la familia en cuanto tenía algún miembro de la misma cerca de él. Bien es cierto que no frecuentaban su casa. Su familia se contaba con los dedos de la mano y vivían dispersos por la geografía española.

A pesar de todo, Asier no era un niño que se percibiera, desde el exterior, repelente. Quizás fuera porque se movía siempre entre ambientes propios de su condición social, o simplemente porque él mismo sabía poner el límite de lo permisible en el punto justo. Jamás, recuerda, tuvo ningún roce negativo con nadie ni en casa ni en el colegio. Pero solo eran sus recuerdos... La labor de sus padres, en este sentido, era muy equilibrada. No dejarían que nada le faltase, pero no permitirían que creciera con soberbia e irrespetuosidad frente a nadie.

Eso era imprescindible para llevar a cabo, sin problemas ajenos a los conocidos, su minuciosa preparación.

Con el paso de los años, Asier seguía siendo fruto del ambiente en el que vivía y de su entorno prefabricado por Jesús y Abantza. Se llevaba perfectamente bien con la asistenta de la casa a la que respetó con suma educación desde que supo que Josefina no era un miembro más de la familia sanguínea pero que servía a sus padres desde muy

poco antes de que él naciera y a la que le profesaban una estimación indisimulada.

Josefina entró en su casa a través de una agencia especializada. Fue tal la connivencia entre ellos y tan rápida, que le prepararon una habitación de su ático para que dejara el piso de alquiler donde vivía sola. Por aquel entonces, Josefina tenía casi 22 años quedando huérfana de padre un año antes, después de no poder superar un cáncer de estómago. De su madre nunca supo nada. Ni ella preguntó jamás ni su padre tuvo tampoco ninguna gana de contarle nada sobre ella. No hubiera podido decir la verdad...

Josefina, cuando Asier estaba ya en su primer curso como estudiante en Filosofía y Humanidades, se marchó tras encontrar un alma gemela de la que no se separó jamás, y no tardaron en hacer planes de una vida en común y propia. Asier supo por sus padres que Josefina era feliz y dichosa en su nuevo hogar. Casi diecinueve años daban paso a una nueva vida para la buena de Josefina.

Sí. Había sido educado, en casa, para un comportamiento intachable y respetuoso por y para todo el mundo, sin distinción de clases. No era suficiente poder ir al mejor colegio del barrio de Salamanca ni al mejor instituto. La función que debían hacer para con él, Jesús y Abantza, nunca quedó rezagada a un segundo término. Para el futuro de Asier era tan o más importante su formación académica como su formación personal, íntima... la que le daría derecho a formar parte del «clan familiar» a través de la desconocida y privada fuerza familiar y de la que él tardaría aún años en conocer en profundidad. Esa responsabilidad era única y exclusivamente de Jesús y Abantza.

Ahora, a punto de mudarse, Asier repasaba con suma rapidez todas las vivencias regaladas que obtuvo, todos los consejos y enseñanzas que le repetían sus progenitores para que el árbol jamás creciera torcido.

Siempre les estaría agradecido de que no permitieran que las facilidades materiales dominaran su escala de valores. A raíz de ello Asier siempre fue en cada etapa de su vida una persona responsable, empática, amable, respetuosa y de formas y fondo que estuvieran a la altura de una persona respetada y respetable.

* * *

Cuando Asier cumplió la mayoría de edad no tuvo que recordarles a sus padres nada que pudiera poner en cuestión su privacidad. Era consciente que había sido educado por y para su privacidad.

Recordaba el celo que pusieron Jesús y Abantza en ello, y no fueron contradictorios. Jamás le preguntaron nada sobre posibles amistades especiales. Se sintió siempre liberado de ello. Aunque bien es cierto que mantuvo una breve relación con una chica de su clase en el bachillerato y que residía cerca, nada trascendió en casa. Y pudo haberlo hecho, porque significó la primera prueba para su bien tratada alma desprovista de disgusto alguno hasta aquel momento. Supo sufrir a solas el descubrimiento de que otro chico se interpuso entre ellos.

Aunque jamás se propuso cerrar la posibilidad a un nuevo encuentro con otra chica, era verdad que la experiencia le supuso un exceso de desconfianza que le alejaba de cualquier posibilidad seria. Era su vida, y solo suya... supuestamente.

Su dedicación a los estudios era plena. Tanto es así que incluso se alejó algo de sus mejores amigos que arrastraba de niño y que, como él, cada año iniciaban un nuevo curso en el mismo colegio y después instituto.

Cuando empezó sus estudios universitarios se volcó por completo a ello. Por fin llegaba la hora de dar cuenta a su vocación que anidaba en él desde su adolescencia. La Filosofía. Esa era su vocación... de la que siempre dudó de su procedencia. Quedaban resquicios en el tiempo para amistades, para salir de vez en cuando con su grupo y los aprovechaba. Pero su prioridad era llegar a ser algún día profesor de universidad de Filosofía y Humanidades en la misma universidad donde había elegido hacer méritos para ello: Universidad Pontificia Comillas. Universidad privada, católica y dirigida por la Compañía de Jesús. El lema de la misma, «El valor de la excelencia», resumía perfectamente, y así lo entendió él siempre, su objetivo y la trascendencia del mismo... para él y para todo lo que surgiera en el futuro en su vida privada no profesional.

* * *

Alto y corpulento, Asier adoptó la costumbre de ir al gimnasio de la facultad cuando ya ejercía el primer año como profesor. Nada esclavo de su cuerpo, algún compañero de la docencia le aconsejó que se dejara ver por las instalaciones deportivas y que las utilizara. Le vendría bien para la desconexión, y su fortaleza no solo descansaría en un cuerpo joven si no que, quizás lo más importante, también en su mente.

Agradeció el consejo, y desde entonces Asier durante dos o tres días a la semana visitaba el gimnasio y se dejaba ver en las demás instalaciones deportivas donde, en ocasiones, participaba de algún partido de baloncesto, su deporte

favorito. Sin duda, esto le ayudó a conservar su físico nada propenso, ni de pequeño, a la obesidad.

Aunque nunca se había privado de una buena comida, su cuerpo eliminaba con facilidad los excesos.

Nada presumido, le gustaba vestir bien. De jovencito era él quien pedía a su madre parecerse a papá en la indumentaria. Con la docencia, su deseo se convirtió en una necesidad pues era de rigurosa obligación para los docentes una presentación digna del puesto que ocupaban y digna del centro. Su sempiterna elegancia exterior casaba con su trabajada exposición ante los que convivían con él, en casa, en la universidad...

Era muy consciente que sus padres cuidaron siempre de su educación personal en las diferentes etapas de su vida, hasta que llegó la hora universitaria. Su hora. Jesús y Abantza siempre tuvieron muy claro que esa faceta les correspondía a ellos y no a los docentes, hasta que llegara el momento previsto y cronológicamente dispuesto. Asier, al recordarlo ahora, y sin conocer el abasto de lo que significaba realmente para él, repetía para sí lo mismo que siempre le habían recordado sus padres:

«Recoger los frutos de lo que me han inculcado allí donde vaya... allí donde resida». Ese era el objetivo. Siempre fue el objetivo de Jesús, Abantza... del clan familiar. Asier, en su momento, descubriría la grandeza que ignoraba.

3

Asier descubrió su afición por la filosofía cuando en el segundo curso de la ESO realizó un trabajo que debía versar sobre el Pensamiento en la Historia. Su instituto, Instituto de Educación Secundaria Ramiro de Maeztu, se hallaba en la misma calle de Serrano donde vivía. El instituto disponía de una biblioteca capaz de satisfacer todas las necesidades de sus alumnos y Asier siempre fue un asiduo de ella.

Le aconsejaron, los responsables de la misma, un libro de texto para empezar a familiarizarse con el temario. El libro versaba, entre otros, sobre fomentar el pensamiento crítico de los estudiantes, el diálogo, la reflexión filosófica y la argumentación en clase. El libro estaba adaptado para su edad.

Asier no solo supo utilizar el libro para su trabajo. También le supuso un aprendizaje en cuanto a comprensión lectora y despertó en él el placer de la lectura. Le vino bien. Porque a continuación le prestaron Preguntas de la filosofía antigua de Enrico Berti, una de las grandes autoridades sobre el filósofo Aristóteles. Las preguntas que se hacía Aristóteles fueron el aldabonazo definitivo que necesitaba Asier y que le condujo hasta su dedicación plena en, paralelamente a sus estudios académicos, su nuevo descubrimiento reflejado en un interés indisimulado con los pensamientos de los grandes filósofos griegos.

Aún se acordaba de aquellas preguntas que se hacía el gran pensador griego: ¿Qué es el ser? ¿Existe Dios? ¿Qué es el ser humano? ¿Dónde está la felicidad? ¿Qué hay más allá de la muerte?

Preguntas que aún hoy las consideraba absolutamente actuales, pues no dudaba que las mismas incógnitas habían sido y eran en la actualidad las cuestiones que poco o mucho se hacían, no solo los amantes del saber, si no también muchísima gente ante el innato, aunque a veces adormecido, instinto del poder de la pregunta.

En este trabajo, pues, nació el futuro profesional de Asier. Y siempre se lo agradeció, silenciosamente, al profesor que les encomendó esa tarea evaluativa. La casualidad hubiera podido señalar a cualquier otro segmento académico, y se acordaba bien que cuando les anunciaron sobre qué debía girar su tarea no obtuvo de su consciencia ninguna especial satisfacción. Lo que aún no sabía Asier es que de ello nacería un nuevo hombre, un nuevo Asier. Durante mucho tiempo aquellas preguntas del gran pensador griego siguieron con él, hasta mucho después del trámite académico. Y las respuestas a ellas no necesariamente debían coincidir con Aristóteles. En ello trabajarían con él, personajes que él conocía pero que jamás debería saber su verdadera identidad...

* * *

Y de este modo poco podía imaginarse, en ese momento de mudanza, la complicidad que le supondría ese trabajo académico, su posterior contaminación ignorada del mismo, y su influencia, eso sí, del conocimiento mucho más amplio de su admirado Aristóteles, con su inmediato futuro que iniciaría en cuanto aterrizara definitivamente en la calle Londres. Aunque en realidad su futuro no era más que un eslabón de una cadena de la que él no era consciente todavía.

* * *

Su entera disposición a la filosofía en general y su admiración indisimulada hacia Aristóteles y su escuela, forjaron un complemento básico y fundamental con la educación recibida en casa. Este complemento cogió fuerza a medida que pasaban los años y fue fundamental para crear un armazón muy bien definido y que materializaba todo lo que significaba Asier... para él mismo y para cualquiera que tuviera algún tipo de relación, por pequeña que fuera.

Tanto era así, que todo su entorno familiar, amical y profesional fueron descubriendo en él a un hombre ponderado, reflexivo, amable, comprensible, honesto... No se le escapaba que su evolución no pasaba desapercibida para nadie, sobre todo para aquellos que durante más tiempo habían convivido con él. Y él, en sus habituales viajes hacia su interior, se sentía enormemente orgulloso de lo que veía y percibía. Era una sensación que no quería exteriorizar por su celo a la intimidad y por su cuidadoso comportamiento para con los demás. La humildad era la guinda de un pastel que no parecía tener fin.

Aristóteles y su escuela. Sí. Eran sus inseparables amigos en los que se apoyaba cada vez más con el paso inexorable del tiempo. Más tarde le seguirían otros pensadores en su dilatada preparación. Una nueva característica que se fue formando en Asier, de forma nada espontánea, y por la cual era conocido también, hacía referencia a que solía analizar ciertos acontecimientos sociales contemporáneos y que se sucedían en el devenir del día a día trasladándose, para ello, al siglo IV antes de Cristo en la Grecia de la sabiduría, en la Grecia que de forma secreta hubiera viajado en el tiempo de haber sido posible. No se lo proponía en absoluto, pero de forma incontrolable relacionaba el acontecimiento, hecho, suceso... con su maestro y sus pensamientos.

No se lo proponía y así se lo hacía saber a quién le preguntaba, de forma jocosa, si era posible que dejara apartado su otro yo de vez en cuando. Su otro yo. Cuando lo oyó por primera vez y fue su madre quién lo pronunció, no le disgustó oírlo. Por su mente pasaron imágenes que parecía que surgieran de su memoria, aunque no entendía a qué podía ser debido. De todas las formas nada de eso le apartaba de su nuevo mundo. Al contrario. Asumía que parte de él se cimentaba en lo extraído de sus conocimientos sobre Aristóteles, y eso era un motivo más de orgullo. Jamás hizo ni hacía ostentación de ello.

Hubiera, de no ser así, traicionado la esencia misma de la filosofía.

Con estos recuerdos, que fueron recurrentes en muchas ocasiones en su pasado, era consciente que un nuevo contador virtual se ponía a cero en una nueva etapa de su vida. Estaba listo para ello en cuanto acabara el curso universitario. El tercero como profesor universitario de Ciencias Humanas y Sociales.

Todo estaba saliendo como, incluso él mismo, preveía y quería...

4. Asier

Una noche más tuve el mismo sueño de antaño que ya casi no recordaba.

Con una claridad diáfana. Como si estuviera despierto, con los ojos bien abiertos. Sintiendo la respiración de los que me rodeaban, sintiendo que no oyendo. Solo, como si estuviera en un círculo imaginario y rodeado de mucha gente. Mucha. Algunos rostros los reconozco. Otros no. Pero todos me miran con una amplia sonrisa. Reconozco mi casa y los rostros de mis padres. Felices, radiantes. Me señalan un rincón de la entrada de mi casa.

Es el lugar más estrecho de la casa. En él descansan muchos paquetes muy bien envueltos con un lazo. Unos muy grandes, otros no tanto, creo adivinar en ellos... regalos. ¿Cuál era el motivo? Me giro y veo a mi madre con lágrimas en los ojos sin dejar de sonreír. Me indica que me acerque a los regalos. Sin oír nada siento que mi madre me dice que todo es para mí.

Con la mirada le pregunto qué significa todo esto, ¿qué hace tanta gente en casa y que a la mayoría no conozco? Creo que quiere contarme algo... pero hay tanta gente que no puedo oír lo que me dice. El silencio, en el sueño, es agobiante. Me obliga a tener muchísima atención en un estado que despierto no lo soportaría. Busco a mi padre con la mirada. Está hablando con alguien y ambos beben de su copa. No logro descifrar qué líquido llena esas copas.

* * *

Como en anteriores sueños, aunque no en la misma secuencia del mismo... me despierto sobresaltado. Miro el

despertador. Son las 5 de la madrugada.

Tengo 34 años me repito en voz baja. Sigo soñando, aunque cada vez más de vez en cuando, el mismo sueño que me desvelaba cuando tenía 8, 10, 12...

20, 30 años. Nunca comenté este sueño a nadie, y mucho menos a mis padres. ¿Por qué no lo hice? ¿Por qué seguiré sin hacerlo? Algo me lo impide, pero la sensación de que algún significado tiene ha ido creciendo conmigo.

Últimamente cuando este sueño desvela a Asier, piensa en la teoría de la lógica cuyo creador fue Aristóteles, pero no logra descubrir y construir un silogismo sobre este enigmático, para él, sueño. Sí, para él este sueño se le antojaba un acontecimiento, un suceso que encerraba un misterio o formaba parte de él.

* * *

En la primera semana de libranza vacacional, Asier la aprovechó para ordenar lo que iba a llevarse con él. Dudaba. *«Esto lo utilizaré... Esto no lo utilizaré... Estos libros me los llevo... Esto lo dejo aquí...».*

El Asier más metódico y meticuloso utilizó una libreta para anotar todas sus cambiantes decisiones sobre sus pertenencias. Todo quedaba anotado. Aunque al principio los borradores predominaban a consecuencia de sus continuos cambios de parecer, poco a poco logró dominar la situación dando, la libreta, un aspecto más decente.

Hasta que no encontró su método, le pareció que no había preparado suficientemente aquel momento. No quiso en ningún momento la ayuda de su madre que se había ofrecido a ello. Pará él este proceso era de exclusividad. De exclusividad de su cuidada privacidad.

Finalmente, después de un largo y minucioso proceso logró reunir seis cajas repletas de tamaño respetable como resultado, a día que pasaba, de ser más proclive a llevarse todo lo que le parecía suyo... no sin antes hacer un ejercicio memorístico importante y consultar a su madre. No tuvo bastante con saquear finalmente su habitación. También quiso llevarse algún objeto producto de obsequios que fueron utilizados como decoración en el salón de estar. Su traslado originó un cambio estético en el ático, mientras duró su irremediable desorden que él mismo producía.

Solo recordaba, cuando tenía unos catorce años, una ocasión en que tuvieron patas arriba el ático por el deterioro producido por una fortísima tempestad de granizo que ante tamaña fuerza de impacto agrietó parte del techo. Nunca jamás, fuera de este hecho, su memoria recordaba algo semejante con su mudanza.

—Asier. No sé dónde pondrás todo lo que te llevas... —le confesó su madre sonriendo.

—No te preocupes mamá. Sabré darle cabida. Recuerda que a donde voy está amueblado y con mucho armario por llenar —contestó correspondiendo con una sonrisa de satisfacción.

Asier estaba convencido que su madre quería hablar más de su despedida. Bien era cierto que ni ella ni su padre habían efectuado muchos comentarios al respecto. Al fin y al cabo, era una decisión tomada por él al que nunca objetaron prácticamente nada desde su mayoría de edad. Le sabían un hombre muy responsable y que fue precoz en esta vertiente. Nunca jamás le dieron ninguna importancia al hecho de que siguiera residiendo en donde se crio. Nada, ninguna circunstancia, le obligaba a cambiar de escenario.